

JUAN ANTONIO MARTOS NÚÑEZ

Profesor Titular de Derecho Penal. Universidad de Sevilla

**MEDITACIÓN AL SANTÍSIMO CRISTO DE LA SALUD Y BUEN**  
**VIAJE**

Iglesia de San Esteban.

Sevilla, 20 de Marzo de 2018.

Lo desnudaron, le echaron por encima un manto de púrpura; y, trezado una corona de espinas se la pusieron en la cabeza, y una caña en su mano derecha. Después, doblando la rodilla ante Él le hacían burla diciendo: “**¡Salve, rey de los judíos!**”. Y mientras le escupían, tomaron la caña y le daban golpes en la cabeza. Después de haberse burlado de Él, le quitaron la túnica, le pusieron sus ropas y le llevaron a crucificar (San Mateo 27, 26-31); (San Marcos 15, 15-20 y San Juan 19, 1-3).

Todo aquel que era entregado a los solos para la flagelación (que servía de prelude a la crucifixión o que era en sí misma una pena capital), quedaba completamente sometido a sus verdugos, perdiendo no sólo el “**status**” de ciudadano –y Jesús no lo era- sino hasta el de persona. Pilato, no sólo permitió la flagelación de Jesús sino que también autorizó los ultrajes que la acompañaron, para demostrar a los judíos que más que pretendiente a un trono, aquel pobre galileo era tan sólo una caricatura grotesca, un rey de burlas.

Los propios soldados romanos (oficiales procedentes de Italia y la tropa compuesta por soldados auxiliares, reclutados entre los sirios y samaritanos, pueblos hostiles a los judíos y, por tanto fieles a los romanos) “*entretejieron*” una corona de espinas. Según una antigua costumbre palestina, para encender fuego o alimentar las llamas se empleaban fajos de sarmientos procedentes de un arbusto de la región cuyo nombre latino es “**Ziziphus**” y que también recibe la significativa denominación de “**Spina Christi**”. Dicha denominación hace que el “**Ziziphus**” hubiese podido ser utilizado por los soldados para burlarse de Jesús, pues éstos deberían de tener fajos de este arbusto en el patio del pretorio. San Mateo dice exactamente que a Jesús “*le echaron por encima un manto escarlata*”. Ciertamente, fuera de Roma los oficiales llevaban el

“**sagum**” que era precisamente un “*manto escarlata*”. Dicho manto formaba parte del vestuario militar y no sería tan difícil disponer de alguno usado o incluso reducido a jirones. Los soldados sabían que Jesús había dicho que era rey y, por tanto, lo que hicieron fue burlarse de su realeza con una denigrante mascarada. Entre los distintivos de los reyes helenísticos vasallos de Roma estaban la clámide púrpura, el cetro y la corona de hojas de oro. Únicamente un rey soberano podía llevar la diadema, una tira frontal de lana blanca. Así pues, los soldados vistieron a Jesús con grotescas imitaciones de los tres distintivos reales.

Los soldados empezaron a burlarse de Jesús. El miedo que habían sentido en Su presencia había desaparecido, y con él el respeto que normalmente se mostraba al reo que había sobrevivido al terrible castigo del “**flagrum**”. Ahora Jesús era objeto de mofa para los centuriones. Se dirigieron a Él con burlona reverencia y le cubrieron con la capa de púrpura de Herodes el Grande. Uno de ellos tomó un puñado de ramas secas de espino de las que se utilizaban para encender fuego y que estaban amontonadas en un rincón del patio. El soldado trenzó un “**pileus**”, un gorro de forma ovalada que los romanos se ponían a menudo en ocasiones festivas. Y lo colocó sobre la cabeza de Jesús. Otro quitó las espinas de una rama puso ésta en Su mano. Los centuriones se arrodillaban uno tras otro ante Jesús e inclinaban la cabeza, mezclándose sus voces con las que venían de la puerta del Oeste:

*“¡Salve, rey de los judíos!”*

Con ello terminaban la burla que había empezado Herodes Antipas.

El misterio de la Coronación de Espinas de Cristo es fundamental por el simbolismo y el contenido teológico que representa. Su significado profundo es el de la entronización de Cristo como Rey. La Divina Providencia se sirve de unos instrumentos tan burdos y absurdos, como un manto viejo, una corona de espinas, una caña y la aclamación del odio y la maldad de los ignorantes: “*Salve, Rey de los Judíos*”, para proclamar al mundo entero que Cristo es Rey.

*“Los soldados, tejiendo una corona de espinas se la pusieron en la cabeza, le vistieron un manto de púrpura y, acercándose a Él, le decían: ¡Salve, rey de los judíos!; y le daban bofetadas”* (San Juan 19, 2-3).

Las lágrimas de Jesús exteriorizan el gran sufrimiento y humillación que sufrió antes de ser crucificado. En el llamado “**Lithostrotos**” o patio del pretorio de Pilato se produjo la Flagelación y la Coronación de Espinas de Nuestro Señor Jesucristo, precedida del “*Juego del Rey de burlas*”.

Entre los romanos el “**praetorium**” era el lugar donde el pretor establecía su sede. Se trataba de algo movable y, por tanto, trasladable de un lugar a otro. Se componía de dos elementos el “*tribunal*”, especie de estrado de forma semicircular fácil de transportar y montar donde fuese oportuno y la “*silla curul*”, antiguo asiento de los magistrados, que se situaba en el centro del citado estrado. Desde lo alto del tribunal y sentado en la silla curul, asistido de sus consejeros, el pretor administraba justicia. El testigo ocular del

Proceso de Jesús, San Juan, relata que cuando Pilato oyó gritar a los judíos: “*Si sueltas a ése, no eres amigo del César, todo el que se hace rey va contra el César*”, sacó a Jesús y se sentó en el tribunal, en el sitio llamado “*litóstrotos*”, en hebreo “*gabbata*” (19, 12-13). Los soldados del pretorio que participaron en el proceso de Jesús eran sevillanos que formaban parte de la cohorte denominada “*Italica*”, cuyo centurión fue Cornelio. A la cohorte “*Italica*”, le proviene el nombre, según costumbre romana, del lugar de donde provenía y había sido instituida. La cohorte “*Italica*” se refiere a esta ciudad, patria de Trajano y de Adriano. Dicha cohorte, en la que figuraba Cornelio como centurión, según costumbre, la formaban jefes y soldados oriundos nacidos en la misma ciudad.

La referencia al escarnio de San Juan (19, 2-3) es una mera modificación de la de San Marcos (15, 16-20). En el Cuarto Evangelio, el escarnio precede al momento en que Pilato decide definitivamente el destino de Jesús, mientras que en el Segundo se produce tras el veredicto del prefecto. La transposición en San Juan a una etapa anterior puede deberse al propósito del evangelista de hacer ver que Pilato agota todos los medios de satisfacer la sed vengativa de los judíos. Según San Juan, el gobernador ordena que flagelen a Jesús (19, 1) y permite que la soldadesca se divierta un poco con el acusado (19, 2-3), con la vana esperanza de aplacar así la furia insaciable de los judíos y de evitar a Jesús un destino peor. Los soldados al reunirse toda la guarnición e iniciar su farsa burlesca, actúan como siguiendo un plan preconcebido. No precisan ninguna indicación de superiores ni de extraños, sino que actúan espontáneamente como si ensayaran papeles bien conocidos de una obra popular. Los soldados se divierten con el “*Rey de los Judíos*” sin estímulo alguno de Pilato ni de la multitud judía congregada afuera. Los

soldados sólo se entregan a su bufonada teatral con Jesús una vez que Pilato ha dictado sentencia.

El “**escarnio**” es un acto espontáneo de los soldados que no forma parte de la condena. La coronación de espinas de Jesús fue un hecho excepcional no previsto por la ley, pues no era una costumbre romana. Sin embargo, el condenado a muerte perdía, automáticamente, todos sus derechos humanos y sociales, por lo que quedaba a la merced de los soldados de guardia..., toda una “**cohorta**” (San Marcos, 15, 16); es decir, entre cuatrocientos y quinientos soldados. En efecto, según el Derecho Romano, el flagelado perdía no sólo el “**status**” de ciudadano sino hasta el de persona. Pilato, para calmar a los judíos y alejar de él cualquier sospecha de no haber sido bastante severo con un acusado de un delito de lesa majestad, quiso demostrar que Jesús, más que un pretendiente al trono, era un “**rey de burlas**”. Al entrar las ramas de la corona en forma de casquete en la cabeza de Jesús, las espinas rasgaron el cuero cabelludo, provocándole desgarros serios en la cabeza, abundante pérdida de sangre y lesiones en la nuca y en la parte alta del cuello. Las espinas, debido a los golpes y bastonazos que le daban a Jesús, le produjeron contusiones cerebrales, con la consiguiente rotura de pequeños vasos sanguíneos. El rostro de Jesús quedó irreconocible. Cada bastonazo retumbó en la cabeza de Cristo, haciendo vibrar la masa cerebral, y ocasionándole aturdimiento añadido a la hipoglucemia, fiebre hipovolemia, etc. En la iconografía cristiana, la corona de espinas siempre ha aparecido como un aro erizado de puntas. No obstante, los estudios de la Síndone y el Sudario demuestran que fue algo más parecido a un casco, basándose en las heridas que estos lienzos reflejan sobre la cabeza. Así, se comprueba la existencia de muchas heridas (unas cincuenta, pequeñas y dolorosísimas), causadas por objetos punzantes a nivel del cuero cabelludo y

que le produjeron una hemorragia múltiple y un agudísimo dolor.... El Santísimo Cristo de la Salud y Buen Viaje debía ser coronado como “**Rey del dolor**”, con las riquezas que su Padre Eterno le dio para que fuera glorificado; la obediencia hasta la muerte y una muerte de cruz. Los soldados se divierten con el “**Rey de los judíos**”, repitiendo una pantomima popular, una comedia bufa que han visto realizar a actores callejeros en algún otro sitio y que imitan ahora. Por tanto, los soldados hacen, por su cuenta, lo que ya han visto ejecutar en funciones teatrales populares que han visto.

Los soldados se animaron ante la posibilidad de un entretenimiento, y así añadieron a los azotes sus burlas, cumpliéndose, de este modo la profecía:

*“Acrecentaron el dolor del que tú llagaste”*<sup>1</sup>

La coronación de espinas se llevó a cabo en el patio interior del cuerpo de guardia. Había allí cincuenta miserables criados, carceleros, esbirros y esclavos, y otros de la misma calaña. La muchedumbre permanecía alrededor del edificio, pero fueron apartados de allí por mil soldados romanos, quienes ordenados, se reían y se burlaban de Jesús y animaban a los torturadores de Nuestro Señor a redoblar los insultos, como los aplausos del público excitan a los cómicos. Le habían llevado al atrio del pretorio (San Marcos 15, 16). El pretorio tenía un patio grande donde cabía bien toda la gente que estaba allí mirando; y, un poco más elevado, adosado al pretorio, estaba el atrio o tribunal de justicia: allí sentaron a Jesús para que todo el mundo le viera; allí

---

<sup>1</sup> SALMOS, 69, 27.

le desnudaron y las llagas sangrientas que se habían pegado a sus ropas se abrieron de nuevo, y sangró otra vez. Le echaron encima la capa corta de los emperadores, le pusieron la corona de espinas y se burlaron de Él, diciéndole:

*“Esta clámide, Señor rey, os la envía de Roma, el emperador, tal como vos merecéis”.*

Y los soldados y el pueblo coreaban la broma a risotadas. Luego, al ponerle la caña, le manifestaban con ironía:

*“Tomad esta caña en la mano, como es el reino así es el cetro, tan vacía está la caña como vuestra cabeza mi Rey”.*

Y se renovaban las risas, mientras que resbalaban lágrimas de dolor de los ojos de Jesús, verdadero Rey de Reyes, divina Majestad, pues todos sus súbditos quedaron vestidos de púrpura teñida con su preciosísima sangre redentora. En verdad, convenía que la púrpura no valiera nada y fuera vieja porque su verdadera clámide de rey eran sus llagas, su sangre y sus fieles amigos por quienes moría:

*“Bienaventurados los que lavan sus túnicas con la sangre del Cordero”<sup>2</sup>.*

---

<sup>2</sup> APOCALIPSIS, 22, 14.



Así, pues:

Rabí Jesús miraba a las alturas,  
mientras azotes cientos enconados  
le llagaban el cuerpo y los soldados  
le despojaron de sus vestiduras.  
En el columnio del pretorio, a oscuras,  
esbirros de rencor uniformados  
le cubrieron los hombros azotados  
con la púrpura cruel de sus locuras.  
Le entregaron, por báculo, una caña  
para mayor placer de sus inquinas  
y chanza de sus turbios desvaríos.  
Presenciaba, cobarde, aquella hazaña  
Pilato. Y coronándole de espinas.  
-¡Salve -gritaban-, rey de los judíos”<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Vid. MIRÓN, en “Entre sangre y espinas”, en PADILLA VALENCIA, JOSÉ MARÍA. “Lectura literaria de la pasión, muerte y resurrección de Cristo”. APSSA, Barcelona, 1993, p. 145.

*“¡Salve, rey de los judíos”*. Era el saludo debido al emperador. Mas ellos, orientales, aunque pertenecieran al ejército romano, tenían otro modo de saludo ceremonial al monarca: se acercaban a Jesús como para besarle, pero en lugar de un beso ponían en su mejilla un escupitajo. Tomaban luego su cetro real y golpeaban con él la corona de espinas tejida en torno a su cabeza. Sin embargo, el silencio dramático de Jesús les excitaba, pues, al mismo tiempo que le insultaban y le golpeaban, se sentían derrotados por la víctima, mansa e inocente.

Jesús llora mostrándonos su Divina Humanidad, padeciendo por nosotros.

*Bienaventurados, pues los que como Cristo lloráis, porque seréis consolados por Jesús que, con su Amor verdadero y santo, enjugarán vuestras lágrimas.*

Los soldados saludan a Jesús con honores regios en plan de burla. Le dicen: *“¡Salve, rey de los judíos”*, saludo que responde formalmente a la aclamación romana: *“Ave César”, “Salud, César”*. Se arrodillaban dándole la enhorabuena por su reinado y fingían adorarle como a un rey. Le escupían en la cara, y se mezclaba su saliva con la preciosa sangre de Cristo, que goteaba desde su cabeza. Esto hirió, profundamente, el alma de Jesús, quien lo contó a sus discípulos, antes de que sucediera, una de las veces que iban a Jerusalén:

*“Se reirán de Mí y me escupirán”* (San Marcos, 10, 34).

Le dieron muchas bofetadas. Acercándose a Él le decían:

*“¡Salve, rey de los judíos! Y le daban de bofetadas”* (San Juan, 19, 3).

Jesucristo sufría una sed horrible a consecuencia de la fiebre provocada por sus heridas; temblaba. Su carne estaba abierta hasta los huesos, su lengua contraída; solamente la sangre sagrada que caía de su cabeza refrescaba sus labios ardientes y entreabiertos. El escarnio que padeció Jesús duró media hora, mientras los soldados formados alrededor del pretorio reían e incitaban a la perpetración de mayores ultrajes. Por consiguiente, Jesús fue víctima de mofa y de malos tratos como “**profeta**” y como “**rey**”.

Jesús, a pesar de su inocencia, fue coronado como “**rey manso y pacífico**”. La mansedumbre de Jesús, predicha por el profeta Isaías:

*“He aquí a mi siervo, a quien elegí; mi amado en quien mi alma se complace. Haré descansar mi espíritu sobre él y anunciará el derecho a las gentes. No disputará ni gritará, nadie oirá su voz en las plazas. La caña cascada no la quebrará y no apagará la mecha humeante hasta hacer triunfar el derecho; y en su nombre pondrán las naciones su esperanza”, (San Mateo, 12, 18-21).*

Fue sometido a un tormento propio de esclavos y criminales. Él, que era manso y humilde de corazón, tuvo que padecer la durísima prueba de la coronación de espinas, sin mostrar, en ningún instante, ni un gesto, ni una palabra, ni un atisbo siquiera de ira e impaciencia. Soportó tantas injurias y menosprecios, como señor y dueño de sí mismo y de todos los acontecimientos.

Ciertamente, hemos sido comprados y rescatados a precio de la sangre, la vergüenza, las humillaciones, las burlas y los insoportables dolores de Cristo coronado de espinas. No tuvo la necesidad de hacerse hombre Aquel por medio del cual el hombre fue hecho, pero nosotros teníamos necesidad de que Dios se hiciera carne y habitara en nosotros; es decir que por la asunción de un único cuerpo estuviese presente en toda carne. Su humillación es, como señala San León Magno **“nuestra nobleza, su afrenta es nuestro honor”**.

Si Cristo, nuestro Señor, fue coronado de espinas, ¿cómo nosotros, sus discípulos pretendemos ser coronados de rosas? En verdad, los pacíficos y los mansos agradan a Dios y hace muy felices a los demás.

El Misterio de la Coronación de Espinas de Cristo representa la entronización de Cristo como Rey, aunque el reinado de Cristo es interior, está dentro de nosotros mismos. Cristo es, como subraya el citado autor, **“Rexcordium”**. “Rey de los corazones, Rey de las almas”. La corona de espinas, por tanto, constituye un símbolo sacro de la realeza de Cristo.

Gracias a esa Corona de Espinas que Cristo aceptó, su Madre es coronada como Mater Dolorosa, como Reina del Dolor, con una corona de piedras preciosas, rematada por la Cruz de Cristo, pero sublimada por la gloria de su bendita Madre: Nuestra Señora de los Desamparados, Reina y Madre de Misericordia.

Nuestro Padre Jesús de la Salud y Buen Viaje, “la sublime e inefable manifestación de la Realeza de Cristo”. El Misterio de la Coronación de Espinas expresa el sentido litúrgico de la festividad de Cristo-Rey. En efecto, los esbirros, representan a la Humanidad irredenta que en su maldad y rudeza dan cumplida cuenta a las profecías. Es el pueblo quien lo corona, los

paramenta con púrpura, le coloca la caña, símbolo del cetro y atributo de la regia dignidad, en suma, es el pueblo, quien a su modo, adora a Jesús.

Jesús, humilde y paciente, nos habla, entre lágrimas, sangre y espinas:

“El verme así no te asombre,  
pues es mi amor tan si par,  
que aquí me he puesto a pensar  
qué más puedo hacer por el hombre”.

Por consiguiente, Jesucristo es *“un gran médico de las almas, modelo de esperanza y henchido de caridad”*.

El Santísimo Cristo de la Salud es el *“buen samaritano”* que, compadecido de nuestros dolores y sufrimientos físicos y espirituales, se acerca a nosotros, nos venda nuestras heridas y nos cuida, porque, Él es rico en misericordia (San Lucas 10, 35-37). El Santísimo Cristo de la Salud asumió la muerte y el sufrimiento con valentía por fidelidad a Dios y por amor a los hombres, sus hermanos. Y aunque tengamos tribulaciones hemos de confiar en el Señor porque el Santísimo Cristo de la Salud *“ha vencido al mundo con su muerte y gloriosa resurrección”* (San Juan 16, 33). Ciertamente, Cristo es la *“Salud de los Cristianos”*.

Fray Luis de León afirma que Jesús es el nombre propio de Dios por boca del Ángel Jesús, pues, significa salvación o *“salud”*. Si se llama *“salud”* Cristo, cierto será que lo es para nosotros. La *“salud”* de Jesús es, ciertamente, el remedio de nuestras enfermedades y flaquezas.

En efecto, el hombre tiene su oscuridad en el entendimiento y flaqueza en la voluntad. En el apetito perversa inclinación, y en la memoria olvido, en los sentidos, en unos engaño y en otros fuego, y en el cuerpo muerte. El remedio de todos estos males es Cristo, porque se llama Jesús, esto es, “salvación y salud”.

El Santísimo Cristo de la salud es, por tanto, Rey y Príncipe de la Paz; Padre y Camino; Pastor y Oveja; Hostia y Sacerdote; León y Cordero; Puerta, Médico, Verdad y Vida, Luz del Mundo y Sol de Justicia.

Proclama el profeta Isaías, *“que el pueblo andaba en tinieblas, vio una luz grande. Sobre los que habitan en la tierra de sombras de muerte, resplandeció una brillante luz. Multiplicaste la alegría, has hecho grande el júbilo, ... Porque nos ha nacido un niño, nos ha sido dado un hijo, que tiene sobre los hombros la soberanía, y que se llamara, maravilloso consejero, Dios fuerte, Padre sempiterno, Príncipe de la paz”* (9, 1-6).

Por consiguiente, todo cuanto en Cristo hay es, “salvación y salud, para declararnos su amor”, mostrando clarísimamente lo mucho que el Santísimo Cristo de la Salud nos ama y estima ya que de ninguna de sus grandezas se precia ni hace nombre, sino de nuestra salud.

Por tanto, Dios es misericordia y piedad. Mas, quiso Cristo tomar por nombre propio a la “salud”, que es JESÚS, porque “salud” es, como subraya Fray Luis de León, una “universalidad de bienes”. En efecto, en la “salud” están las fuerzas y el buen parecer, el habla agradable y el discurso de la razón y el buen ejercicio de todas las partes y de todas las acciones del hombre.

En consecuencia, la salud pura y verdadera que sana lo secreto del hombre es obra propia del Santísimo Cristo de la Salud, Jesucristo: Dios y Hombre verdaderos. Lo propio de los cristianos no consiste en la apariencia y en el traje y en las figuras de fuera... La nueva criatura que es cristiana perfecto y verdadero se diferencia de los hombres del siglo “en la renovación del espíritu y en la paz de los pensamientos y afectos, con el amar a Dios y, como sostiene San Macario, en el deseo encendido de los bienes del cielo. Porque la gloria del cristiano, y por tanto, de los cofrades de San Esteban, su hermosura y su riqueza, la del cielo es, que vence lo que se puede decir, y que no se alcanza sino con trabajo y con sudor y con muchos trances y pruebas y, principalmente, con la gracia divina”.

La vida espiritual del cofrade no es poner la santidad en prácticas exteriores, aunque santas y laudables, sino, en hacerse uno con el Santísimo Cristo de la Salud, transformándose en Él por la mortificación de las propias pasiones y por el amor, pues como enseña San Pablo, “hemos de procurar la paz con todos y a santidad con la cual nadie verá al Señor” (Hebreros 12, 14). Saludando a los fieles de Roma, San Pablo afirma que Nuestro Señor Jesucristo fue “constituido Hijo de Dios, poderoso según el Espíritu de Santidad a partir de la resurrección de entre los muertos” (Romanos 1, 4). Pero es que además, conviene saber que el Santísimo Cristo de la Salud nos santifica, a todos sus hermanos y devotos, con vida y espíritu “en la resurrección de los muertos de Jesucristo”, se celebra resucitando Cristo a los muertos, otorgándoles la vida del mundo futuro.

En efecto, como el Santísimo Cristo de la Salud ve que le buscamos y que depositamos en Él toda nuestra Esperanza, acude a nosotros y nos da caridad verdadera; esto es: paraíso, árbol de vida, preciosa perla, corona,

hombre, Dios, vino, agua, esposo, guerrero y finalmente, Cristo, que todas las cosas en todos, pues el día de la salud está próximo.

Cristo, pues, se llama Jesús porque Él mismo es “salud”, “toda la salud” es sólo Él; “salud para todas las enfermedades” y tiempos son Jesús, sus palabras de vida eterna, sus obrar misericordiosas, su vida santa y su muerte redentora lo que hizo, pensó, padeció, anduvo; vivo, muerto, resucitado, subido y asentado en el cielo, siempre y en todo es Jesús, que con la vida nos sana y con su muerte nos da salud, pues como proclama el Profeta Isaías, “en las llagas del Santísimo Cristo de la Salud, pues como proclama el profeta Isaías, “en las llagas del Santísimo Cristo de la Salud, hemos sido curados”(53, 5). Sus llagas son medicina del alma; con su preciosísima sangre vertida se repara la flaqueza de nuestra virtud. Y no sólo es Jesús camino sano, sino también con el ejemplo de su vida y de sus obras y con la virtud saludable que sale de ellas, que nos la comunica, nos aviva, nos despierta y nos sana.

Así, a nuestra soberbia es Jesús con capa por cetro; y con su púrpura por escarnio vestido para nuestra ambición es Jesús. Su cabeza, coronada con fiera y despiadada corona, es Jesús en nuestra inclinación al deleite; y sus terribles azotes y todo su cuerpo lacerado y dolorido en lo que nosotros es carnal y torpe es Jesús. Es para nuestra codicia, su desnudez; para nuestro coraje, su sufrimiento admirable. Así como sin luz del sol no se ve, porque es fuente general de la luz también sin la comunicación de este grande Jesús, ninguno tiene salud. Él es Jesús nuestro en el alma, en el cuerpo, en los ojos, en las palabras, en los sentidos, hasta tal punto que, como escribe San Juan, “el que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré el último día”. Ciertamente, el Santísimo Cristo de la Salud es, “el pan de vida y el cáliz de salvación” (San Juan 6, 54).



Así, pues:

¡Bendice alma mía, al  
Santísimo Cristo de la Salud  
y bendiga todo mi ser  
su santo nombre.

Él rescata tu vida del sepulcro  
y te corona de piedad y  
de misericordia.

dos trata a la medida  
De nuestros pecados, ni nos paga  
conforme a nuestras iniquidades.  
Cuán benigno es ser padre.

Para sus hijos, tan compasivo es Dios para con los que le temen, pues conoce de qué hemos sido hechos, se acuerda de que no somos más que polvo” (Salmos, 103).

El Santísimo Cristo de la Salud es, también, aquel a quien el Precursor que fue allanando los caminos del Señor, San Juan Bautista, nombró como “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (San Juan 1, 29). En efecto, ¿qué no sufrió de los hombres por amor a los hombres, el Santísimo Cristo de la Salud? ¿De qué injuria no hicieron experiencia en Él los que vivían por Él? Con testimonios falsísimos, pusieron sus manos sacrílegas en su divina

persona; añadieron a las bofetadas crueles azotes y a los azotes, espinas, y a las espinas, clavos y terrible cruz dolorosa. Pero la injuria o cambió su voluntad, ni en su paciencia y mansedumbre hicieron mella el tormento y el dolor. Sólo por el camino del amor podemos comprender la mansedumbre de Cristo Dios Padre nos quiere de tan rara y maravillosa manera, que dio por nuestra salud la vida de su unigénito Hijo. En efecto, Cristo reveló al maestro Nicodemo que, “tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que cree en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna, pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él” (San Juan 3, 16-17).

Así, pues, hemos sido redimidos no con plata y oro, corruptibles, sino como enseña San Pedro, “con la sangre preciosa de Cristo, como cordero sin defecto ni mancha” (I, 19). El Santísimo Cristo de la Salud es el Hijo amado de Dios en quien tiene sus complacencias, según proclamó el Espíritu de Dios al descender como paloma e ir sobre Él, cuando Jesús fue bautizado en el Jordán (San Mateo 3, 13-17). La Luz de Dios puso en la Humanidad de Cristo su asiento, con que quedó en puro sol transformada y su divina luz iluminó a su Hermandad: Salud y Buen Viaje de San Esteban.

El alma de Cristo, fabricada por Dios, fue dotada de maravillosa virtud y fuerza para toda santidad y grandeza. En esta alma sacratísima, hermosa, vigorosa y buena, la gracia divina sembró la virtud heroica, la excelencia, la belleza, pues como afirma San Pablo, “en Cristo habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente” (Colosenses 2, 9). Sobre Él reposará el “Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de entendimiento y de temor del Señor” (Isaías 11, 2).

Enriquecido con toda esta hermosura y justicia, inocencia y mansedumbre, el Santísimo Cristo de la Salud, el Santo CORDERO se hizo único y perfecto sacrificio, aceptando y padeciendo por nuestra salvación, muerte afrentosa en la cruz. Cuando Juan el bautista vio venir a Jesús y dijo: “He aquí al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (San Juan 1, 29), se refiere a que los “carga sobre sí mismo” y los hace “como suyos para ser Él castigado por ellos, y que nosotros quedásemos libres.

¿Qué agonía y qué tormento tan grande verse leproso el que en ese mismo tiempo era la salud de la lepra; vestido en injusticia y maldad el que en ese mismo tiempo es justicia y herido y azotado y como desechado de Dios el que en esa misma hora sanaba vuestras heridas? Fue pues, terrible, el unir consigo Cristo purísimo, inocentísimo y justísimo, tantos pecadores y culpas, y el vestirse tal Rey de tanta dignidad, de nuestra vejez y vileza.

He aquí, pues, el “Varón de Dolores” anunciado por el Profeta Isaías:

“Quien soportó nuestros sufrimientos  
y cargó con nuestros dolores...

Fue traspasado por nuestras iniquidades  
y molido por nuestros pecados.

El castigo de nuestra paz fue sobre él,  
y en sus llagas hemos sido curados.

Quiso Yavé quebrantarle con padecimiento  
llevando sobre sí los pecados de muchos  
e intercediendo por los pecadores” (53, 4-12)

Por tanto, es necesario tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús quien, a pesar de tener la forma de Dios, no reputó como botín codiciable ser igual a Dios, antes se anonadó, tomando la forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y así, por el aspecto, siendo reconocido como hombre; se humilló haciéndose obediente hasta la muerte y muerte ignominiosa de cruz, por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre, para que al nombre del Santísimo Cristo de la Salud doble la rodilla Sevilla entera y todos confesemos que Jesucristo es Señor para gloria de Dios padre y esperanza de esta entrañable y queridísima Hermandad de San Esteban (San Pablo, Filipenses, 2, 5-11).

Como escribe San Juan Crisóstomo, “si queremos honrar el cuerpo de Cristo, no lo despreciemos cuando está desnudo, no honremos al Cristo eucarístico con ornamentos de seda mientras que fuera del templo descuidamos a ese otro Cristo que sufre por frío y desnudez”.

En el Santísimo Cristo de la Salud y Buen Viaje reside la fuerza del amor y la grandeza de la pena y el dolor.

El Cristo de la Salud y Buen Viaje, siempre asomado a una ventana del templo de San Esteban, fue depositario callado, humilde, paciente y solícito de cuanto los viajeros que durante siglos ante Él pasaron quisieron encomendarle. A pesar de tener sus manos atadas, fue repartiendo salvo conductos de divina protección a cuantos bajo su confianza emprendían un viaje. Para los que llegaban a su ventana, con la satisfacción de haber terminado el camino, Cristo les daba la bienvenida de su Salud, pese a tener su cuerpo roto, su carne arada por los surcos sanguinolentos de los flagelos y su cabeza taladrada por la

punzante cosecha de espinas que la cercan. Salud y Buen viaje; y así, durante siglos entregándose a Sevilla.

El Señor está entronizado tras la ventana, siempre iluminada y abierta, de los corazones de Sevilla y desde ella, sigue deseándoles a todos los sevillanos el doble beneficio de la Salud y del Buen Viaje por caminos de eternidades.

Señor, yo soy aquel niño que miraba con asombro tu desnudez, tu corona de espinas, tus lágrimas y tu cara ensangrentada. Te doy gracias de todo corazón porque me has acompañado en el camino de la vida, porque eres bálsamo de mis heridas y luz de mis mañanas... ¡Bendito Señor de la Ventana!

El Sol que da la vida te penetra,  
el rayo de justicia en ti se enciende  
y un halo de belleza se desprende  
de tu vida encendida en luz perfecta.

Te ilumina la gracia que sustenta  
el cielo y te sumerges en su brillo  
y un arco de color es estribillo  
de la luz que lo engendra y alimenta.

Es una vida llena de colores  
la del Santo engendrado en la luz nueva  
que goza entretejido en sus amores.

Es su vida eterna primavera  
rebotante su alma en sus fulgores  
y a su paso, la tierra se renueva.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Vid. FRAY ALEJANDRO R. FERREIRÓS, OFMCONV, en “La voz de San Antonio”, Núm. 1858, marzo-abril, 2017.